

Ramón Fernández Jurado, miliciano en el frente de Huesca, logró conquistar la ciudad con un premio de poesía 30 años después de la guerra

El poeta del POUM

Ramón Fernández Jurado no pudo entrar en Huesca para tomarse el café que el escritor George Orwell y otros sitiadores de la ciudad, se habían prometido durante la Guerra Civil, tan seguros como estaban de acabar con la tenaz resistencia de los militares sublevados. Fernández Jurado estableció su cuartel general como responsable del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), en la casa de Teresa Fañanás en Quicena, antes combatió desde Tierz a los soldados franquistas atrapados en Estrecho Quinto. Un largo año de duros enfrentamientos no le abrió las puertas de la ciudad, pero no desistió de conquistarla con otras armas igualmente poderosas, las palabras. Fernández Jurado, ebanista de profesión, maestro vocacional y aficionado a los versos, obtuvo el premio «Flor de Nieve» en la VI Fiesta de la Poesía, celebrada con toda solemnidad en el Teatro Olimpia en mayo de 1969. Tras los sufrimientos de la guerra, la cárcel, la represión, el exilio y todavía en plena Dictadura, se impuso la justicia poética y con la obra «Seis cantos a Huesca», presentada bajo el lema «Guara», Ramón Fernández Jurado, militante histórico del POUM, conquistó la difícil plaza, rendida por los jefes del régimen en una luminosa mañana de domingo.

Texto: Víctor Pardo Lancina

Las armas y las letras, sucesivamente, vincularon a uno de los más destacados dirigentes del POUM, Ramón Fernández Jurado (Almería, 1914-Barcelona, 1984), con la provincia de Huesca. El servicio militar lo llevó a Jaca en 1935, precisamente al Cuartel de la Victoria que unos pocos años antes (diciembre, 1930) había sublevado el capitán Fermín Galán, haciendo así oficial el doloroso, trágico para él mismo, camino hacia la Segunda República española; la Guerra Civil determinó la vuelta a tierras altoaragonesas, donde establecería amistades duraderas y donde a punto estuvo de perder la vida en el frente. La poesía, finalmente, vino a reconciliarlo en cierto modo con los ásperos recuerdos, aunque ello no le impidió escribir –¡y ser premiado!– versos impregnados de amargura y callados anhelos: «Montearagón espera la alborada / de esta noche tan larga y tenebrosa». Los censores, a lo que se ve, no estaban demasiado atentos, ni tampoco la policía, que en la misma ceremonia premió a este poumista recalcitrante y al escritor comunista Ánchel Conte, si bien cuando todavía quedaba inscrito en las actas del jurado como Ángel Bruno Conte.

Ramón Fernández conoció en el jacetano Regimiento Galicia nº 19, el manejo de morteros, piezas de artillería y armas varias, y también conoció la cárcel por su pertenencia a la Unión Militar Republicana Antifascista. Afincado en Barcelona desde los 4 años, había militado en su juventud en la CNT, probablemente por influencia paterna, pero su trabajo de ebanista le lleva a afiliarse al sindicato UGT, para involucrarse posteriormente con las Juventudes Comunistas Ibéricas y el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), al que se adhirió al concluir el servicio militar.

La sublevación del 18 de julio le sorprendió en Barcelona, allí intervino desde el muelle de la madera en el asalto a la Capitanía en la que el general Goded se había hecho fuerte y declarado su afición por los militares insurrectos. Fernández Jurado participó igualmente en el ataque a la Maestranza de Atarazanas junto al sindicalista de Almodóvar Francisco Ascaso, que perdió la vida en esta acción y cuyo nombre ostentaría una de las primeras columnas milicianas, dirigida al frente de Aragón desde unas Ramblas barcelonesas en estado de agitación revolucionaria.

Los primeros milicianos catalanes

El 23 de julio, la columna del POUM, bajo las órdenes de Jordi Arquer y el minero Manuel Grossi, desfiló por las Ramblas y la plaza de Cataluña, para salir al día siguiente desde la estación de Francia en dirección a Zaragoza y Huesca. Fernández Jurado quedó adscrito a la centuria Pedrola –Miquel Pedrola, miembro del comité ejecutivo de las juventudes del POUM, morirá en el frente de Huesca–, en la que también formaban jóvenes socialistas internacionales como el alemán Walter Schwars o el cubano Juan Alcañiz.

En Monzón, a donde llegaron los milicianos en camiones, Ramón toma contacto con la violencia revolucionaria que el golpe de Estado desató en los primeros momentos. El colapso político que había sufrido la República determinó una quiebra en distintos ámbitos institucionales, en particular en el control de los instrumentos coercitivos que debían asegurar el orden social. El comité local montisonense había detenido a 6 conocidos falangistas, pero la agitación callejera producida ante la primera oleada de voluntarios catalanes y las exigencias de una indiscriminada acción punitiva contra derechistas y propietarios, impuesta por el grupo denominado “Los Tigres”, elementos incontrolados de la centuria poumista Llorenç Vila, propiciaron nuevos arrestos. Un total de 24 personas fueron congregadas por la fuerza en la plaza de Monzón y al grito de “mueran los fascistas”, asesinadas. Ramón Fernández Jurado explica en su libro autobiográfico *Memòries d'un militant obrer* (Barcelona, ed. HACER, 1987), la incontenible repugnancia que le produjo la brutalidad desnuda, “una masacre –dice– que se les escapó de las manos a Arquer y Grossi”, y que a él le marcó con una enorme y perturbadora impresión.

El siguiente destino fue Sariñena. De nuevo el orden quebrantado y la justicia arbitraria comenzaban a campar por sus fueros, si bien en la población monegrina se atemperaron prontamente los ánimos exaltados. Fernández se alojó en un domicilio particular, como todos los milicianos cuando llegaban en tránsito o con carácter definitivo a un pueblo. La propietaria de la casa, que no lograba apaciguar su desconsuelo, explicó al huésped que su hijo se encontraba detenido en el edificio del Ayuntamiento y temía por su vida. Fernández Jurado se interesó por la suerte de quien resultó ser Ignacio Ballarín Segura, representante de la firma Cros de fertilizantes y abonos, logrando su libertad tras la presentación de testimonios a su favor. Ballarín, padre del futuro notario y procurador de las cortes franquistas Alberto Ballarín Marcial, de doce años en este momento, se convirtió en un buen amigo de Ramón, quien a pesar de los esfuerzos realizados, nada pudo hacer por salvar la vida del joven coadjutor sariñenense Eduardo Colay, ni del coronel retirado Bernardo Cariello. Ambos fueron fusilados mientras gritaban “Viva Cristo Rey”.

El POUM llegó a establecerse en Leciñena, atacó infructuosamente Perdiguera en el camino hacia Zaragoza y desplegó por la Sierra de Alcubierre sus efectivos

impidiendo los avances franquistas y nuevas acciones de castigo como el fusilamiento de sindicalistas y temporeros republicanos que los falangistas protagonizaron en la localidad de Alcubierre.

El 31 de agosto de 1936, la centuria Pedrola fue destinada al frente de Huesca. Ramón recaló inicialmente en las proximidades de Monflorite, desde donde envía crónicas de guerra a los periódicos *La Batalla* y *Juventud Comunista*, dando cuenta de los progresos de las columnas en el frente, de la fe en una rápida victoria de las tropas republicanas y del comportamiento heroico también de las milicianas, como Remedios, “La Pequeña Leona”, capaz de desafiar con arrojo el fuego enemigo en las condiciones más difíciles.

«Mamá Lasaosa»

Estrecho Quinto y el castillo de Montearagón se hallaban en poder de los sublevados, pero Tierz, Casetas de Quicena y Quicena fueron tomados por las milicias en sucesivos momentos, cercando de este modo a los insurgentes en aquellas posiciones. El joven escritor británico Jonh Cornford, halló inspiración en medio de la batalla para escribir celebrados poemas de amor y de guerra como “Luna llena en Tierz: Antes del asalto a Huesca”, asalto, como hemos señalado, que nunca llegó a materializarse.

Durante todo el mes de septiembre, más de 700 soldados franquistas fueron duramente hostigados por los hombres del POUM y la columna Ascaso, que había logrado controlar Siétamo, no sin enormes esfuerzos y pérdidas humanas y materiales. La posesión del antiguo manicomio se convirtió asimismo en objetivo estratégico de enorme valor. Los enfermos, componiendo un patético cortejo, caminaron escoltados hasta Tierz, desde donde fueron evacuados en camiones hacia un sanatorio de Reus. El día 20, en un intento por liberar a los exhaustos soldados de Estrecho Quinto, las tropas franquistas atacaron el hospital psiquiátrico y lograron su posesión, aunque por muy poco tiempo. “La batalla del manicomio fue terrible”, afirma Carmen Lasaosa (Quicena, 1914), “aquel día, el doctor Durán [Santiago Durán Rovira], que había instalado el hospital de sangre en la abadía del pueblo, no daba abasto”.

Carmen también recuerda con precisión la llegada de los milicianos a Quicena el 7 de septiembre, y los encarnizados combates que tuvieron lugar en el Molino Palacín, donde un grupo de falangistas que habían acudido en busca de harina para amasar pan, se hicieron fuertes y se enfrentaron al POUM. El joven dirigente Miquel Pedrola y otros militantes como Castells, Martí, etc., murieron en este combate que se saldó con la conquista del molino harinero. El periodista leridano Albert Just, redactó intensas crónicas para *La Batalla*, periódico que se hizo eco igualmente de los multitudinarios homenajes tributados en Barcelona a Pedrola y sus compañeros muertos en el cerco de Huesca.

Fernández Jurado, convertido involuntariamente en jefe de la centuria, se alojó en Quicena, primero en “casa Galán”, pero después en casa de “Mamá Lasaosa, una santa mujer cargada de hijos”, escribe en su libro de memorias. “Mamá Lasaosa”, en realidad Teresa Fañanás, viuda y madre de de 13 hijos, vivía en un caserón situado en la plaza de Quicena con Carmen, María Luisa y Nicolás, un joven deficiente psíquico, el resto de los hijos se encontraban en la guerra o dispersos por pueblos del entorno trabajando en el campo. “Los milicianos en casa se comportaban correctamente, venían a comer y dormir y se portaban bien. Nos hablaban poco de política, de revolución... entre ellos sí hablaban. En casa estaban

por lo menos 8, dos eran impresores, otro llamado Mariano Batalla era carnicero... Fernández Jurado aprovechaba el tiempo para leer y escribir, era un hombre muy valiente, muy serio y muy formal. Recitaba maravillosamente, recuerdo un poema emocionante titulado ‘Un duro al año’ [Eusebio Blasco, Zaragoza, 1844-Madrid, 1903]...”.

La proximidad de Estrecho Quinto y el constante batir de la artillería sobre Quicena y lugares limítrofes, aconsejó la evacuación de la población civil a Molinos de Sipán, si bien Carmen hubo de permanecer en casa para ocuparse de la intendencia miliciana. “Un día estábamos en la plaza, que está al lado de mi casa, y una miliciana que estaba junto a mí cayó larga... le habían pegado un tiro... Pasaban las balas y los cañonazos por las casas. Quedó herida, la trasladaron a la abadía y después la evacuaron”. Los doctores Durán y Morros, que vino en su ayuda algún tiempo después, salvaron muchas vidas en los precarios quirófanos de la abadía de Quicena. Fernández Jurado había sufrido algunos percances más o menos leves en Sariñena, cerca de Siétamo y en el asalto al manicomio, pero ninguno de la gravedad del recibido a mediados de octubre, precisamente tratando de recuperar el manicomio que había vuelto a caer en manos fascistas. Una bala estuvo a punto de acabar con su vida abriéndole limpiamente el cuero cabelludo, aunque sin afectar al cráneo protegido por el casco que desvió la trayectoria mortal del proyectil. El doctor Durán Rovira hizo la primera cura y evacuó al herido a Barbastro para ser trasladado posteriormente a Barcelona.

La escuela de Quicena

A finales de noviembre regresó Ramón Fernández Jurado al frente de Huesca, pero había sido relevado de los servicios de armas. “Los críos, entre ellos mi hermana María Luisa, –rememora Carmen– estaban por la calle. Ramón los recogió y les dio clase, aprendieron muchísimo”. La vocación por la enseñanza no le abandonará nunca, llegando a obtener un título oficial de profesor de catalán y también de esperanto, lengua universal en la que fue un especialista.

Algunos arreglos de carpintería y unas manos de pintura en la vieja escuela, devolvieron a los niños a las aulas. Fernández Jurado viajó a Barcelona y se entrevistó con Joan Hervàs, máximo responsable del movimiento de la Escuela Nueva Unificada, quien proporcionó un valioso cargamento de material escolar. El curso fue inaugurado por el comité local de Quicena, con la asistencia de todos los padres y dirigentes políticos poumistas. Tres meses más tarde se produjo una nueva evacuación de la población civil, dada la intensidad de los bombardeos y los riesgos enormes de un lugar en primera línea de fuego, el curso había llegado prematuramente a su fin.

La bandera Pedrola fue disuelta y sus integrantes pasaron al batallón de choque Rovira, constituido en Fañanás. Fernández Jurado, convertido en jefe de centuria de la columna Joaquín Maurín, mantenía íntegro su espíritu revolucionario y así lo dejó escrito en el número 21 del periódico *Artillería Roja* editado en Vicién a finales de febrero de 1937 por la batería Germinal Vidal: “(...) En este momento crucial de nuestra Revolución y de la guerra civil sería imperdonable hacer marcha atrás. La pequeña y grande burguesía han fracasado. La clase trabajadora, obreros, campesinos, combatientes marinos y mineros, todos a una, con nuestra energía creadora, venceremos al fascismo en el frente y en la retaguardia y haremos tremolar al viento la bandera roja de los forzados de la tierra”.

Transformadas las columnas en divisiones del Ejército Popular de la República, Jurado, adscrito a la 29 División, interviene en el ataque a Loma Verde, donde asestó estratégicos golpes de mano –aunque nunca suficientes–, en Igriés y más tarde y tras sufrir una nueva herida de guerra, en los intentos de asalto a Huesca del mes de junio, momento en el que el POUM, ya ilegalizado tras los sucesos de mayo en Barcelona, será trágicamente diezmado en combate. George Orwell, al que Fernández Jurado conoció en Barcelona al tiempo que ambos disfrutaban de sendos permisos, reflexionará en *Homenaje a Cataluña* acerca de las vicisitudes que rodearon la suerte del activo partido político, fundado en 1935 por el hijo de Bonansa (Huesca) Joaquín Maurín y el carismático líder trotskista Andrés Nin.

Jurado ascendió al grado de comandante del ejército regular republicano. Intervino en los frentes de Albarracín, Montes Universales y Alfambra, en Teruel, lugar en el que resultó gravemente herido en una pierna y hecho prisionero por los soldados de Franco el 2 de mayo de 1938. Convaleció durante meses en el hospital del campo de concentración de la Universidad de Deusto, en Bilbao, allí un cartelón colgado en la cabecera de su cama anunciaba: “¡Ojo, comandante rojo!”. En Zaragoza, una vez curado y arrastrando una cojera que le acompañará de por vida, fue ingresado en la cárcel de Torrero y sometido a juicio en el que el testimonio de su amigo de Sariñena Ignacio Ballarín será de gran ayuda para evitar la pena capital. Trasladado a Barcelona, a la cárcel Modelo, de nuevo fue juzgado en consejo de guerra y condenado a 30 años por el incomprensible y paradójico delito de “auxilio a la rebelión”. Con todo, el hacinamiento insufrible, la falta de alimentos, las deplorables condiciones higiénicas y el incierto curso de los acontecimientos en la guerra europea, obligaron al nuevo régimen a poner en libertad a muchos presos rojos, y Fernández Jurado pudo abandonar la cárcel el 21 de junio de 1942.

Durante el tiempo de reclusión se involucró en la reorganización del POUM, a cuyo comité ejecutivo perteneció siempre, a veces casi en solitario durante largas temporadas, y participó en la edición de la revista clandestina *L'Espurna* que dio a conocer al mundo el fusilamiento de Lluís Companys en Montjuich, el 15 de octubre de 1940. Jurado ingresó en el PSC-PSOE en 1976.

Calcetines de lana para el frente

En Quicena los milicianos no hicieron detenciones al tomar la localidad, ni el comité elaboró listas de derechistas y propietarios sospechosos de connivencia o simpatías con los insurgentes, pero la caída del frente de Aragón y la llegada de las tropas franquistas al pueblo fue muy distinta, hubo una veintena de detenidos, entre ellos Teresa –“Mamá Lasaosa”– y su hijo Nicolás, ambos acusados, como tantos, de colaboración con las “hordas marxistas catalanas”. “No se habían metido en nada, no entendían de política ni de guerra, no sabían ni leer ni escribir... pero a los dos se los llevaron una noche”, recuerda Carmen, que asistió al consejo de guerra que tuvo lugar en las dependencias de la Diputación Provincial, en los Porches de Galicia.

“Me acuerdo –explica Carmen– de un hijo del maestro de Quicena, que murió bien joven, Antonio, militar y maestro también, que se metió enseguida de alférez. Éste, con otro militar, los dos vestidos de militares, se pusieron delante de mí en la sala, a mí no me vieron. Se ponen delante de mí y dice Antonio, ‘ya verás qué bien nos lo vamos a pasar con un tonto de mi pueblo’, y yo sin rechistar... No se rieron porque no le preguntaron nada. A mi madre tampoco. Cuando salieron del juicio

ya tenían la sentencia. A mi madre le cayó un año y lo cumplió íntegro. Nicolás estuvo más tiempo en la cárcel”.

En la causa de Teresa Fañanás tuvo una relación involuntaria Fernández Jurado, “se tomó mucho disgusto cuando lo supo”, señala apresuradamente la hija. “Mi madre era muy artesana y muy laboriosa, hilaba lana y hacía calcetines, camisetas, guantes de lana... de la lana de las ovejas de casa y para los de casa, no para afuera. Un día hilaba en la puerta, de pie, y pasaba Fernández que le hizo una foto sin que se enterara. La publicó en el periódico [probablemente *La Batalla*], diciendo, ‘Las ancianitas de la guerra están tejiendo para los milicianos’, cosa que era mentira. Ese periódico lo presentó la derecha cuando ‘liberaron’, vaya liberación que tuvimos, y entonces es cuando se los llevaron. Alguien de las derechas, alguien de Quicena lo hizo, ahora ya no quiero citar a nadie. El periódico había llegado a Quicena... pero no nos enteramos. Esa fotografía le costó un año de cárcel a mi madre”.

Carmen llevaba las tres comidas diarias a su madre a la prisión de Huesca, en la plaza de Concepción Arenal, pero no podía verla más que el día de visita y a través de una reja. “Era horroroso porque gritaba todo el mundo. Había muchas mujeres, algunas con niños pequeños. Había una de Loporzano, casada con uno de Bandaliés con la que teníamos mucha relación, entró con una cría de 7 meses, que era lindísima. Se le murió en la cárcel”.

Fernández Jurado, domiciliado en Barcelona, no abandonó la militancia en el POUM, incluso en momentos de una debilidad organizativa casi agónica. Se encargó de los boletines clandestinos y también de los compañeros que atravesaban la frontera con documentación falsa y riesgo evidente en un país militarizado y sometido a un control policial exhaustivo y sin ambages. En 1948 se vio obligado a huir a Francia para finalmente exiliarse en Chile. Regresó en 1964.

«Seis cantos a Huesca»

“Pequeña en casas y en historia grande, / seria y adusta Osca.”, así comienza el “canto” que lleva por título precisamente “Osca” y que junto a los dedicados a Jaca, Oroel, San Juan de la Peña, Montearagón y Vadiello, completa la gavilla de poemas integrados en “Seis cantos a Huesca”, que le valieron a Ramón Fernández Jurado una “Flor de Nieve” de la VI Fiesta de la Poesía que se celebró en la ciudad el 25 de mayo de 1969. Ramón Fernández, de este modo inspirado y sutil, conquista al fin la esquivada plaza frente a la que se empleó con las armas y donde correligionarios y amigos de los barrios de Gracia y la Barceloneta, perdieron la vida al defender la legalidad republicana; una ciudad, canta el poeta, que: «En tu presente sueñas el futuro / en que serás camino y puerta al mundo, / un solo mundo para un mundo hermano».

La ceremonia de entrega de los galardones poéticos, revestida de solemnidad y pompa, fue presidida por el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, Víctor Fragoso del Toro, al que secundaron en el palco de honor el gobernador militar, Emiliano Villaescusa Quilis; el presidente de la Diputación Provincial, Enrique García Ruiz y el alcalde de Huesca, Emilio Miravé Díez, todos ellos acompañados por sus “distinguidas esposas”. Probablemente ninguno de los señalados conocía al Fernández Jurado de las trincheras, ni siquiera Miravé, aunque ambos habían luchado en Montearagón y los lugares del entorno, si bien en bandos opuestos. El alcalde oscense además, fue capitán de los Voluntarios de Santiago, combatientes derechistas extremadamente ideologizados, católicos a

machamartillo, afines a Falange y grupos paramilitares como Acción Ciudadana. Emilio Miravé recibió la Medalla de Sufrimientos por la Patria por acciones de guerra, y al igual que el presidente de la Diputación, amén de otros distingos sociales pensionados, formó parte de las Cortes de Franco a título de procurador del régimen. Damián Iguacen Borau, administrador apostólico, representó a la Iglesia en aquella luminosa mañana de domingo que fue amenizada por los coros de la Radio Televisión Española.

La organización de los juegos florales corría a cargo de Radio Huesca y contaba, por tanto, con el patrocinio de la Caja de Ahorros que en este año de 1969 aprovechó la ocasión para inaugurar el “Hogar Cultural Genaro Poza”. El propio Genaro Poza Ibáñez, presidente honorario de la entidad de ahorro aragonesa, acudió al Teatro Olimpia junto a significados responsables ejecutivos como el director general José Joaquín Sancho Dronda o el consejero de la entidad por Huesca, Fidel Lapetra. El director de la emisora oscense, Antonio Turmo, actuó como presentador de la ceremonia e introductor ante el abarrotado auditorio, de las autoridades varias, reina de la fiesta y damas de honor.

En la “bellísima señorita” –reza la crónica rosa del acto– María Dolores Abad Roger recayó el título de reina, nombramiento que ejerció como representante del Orfeón Oscense, siendo sus damas de honor: Conchita Mingarro, por la Universidad; Maribel Torrén, del Instituto Ramón y Cajal; María Luisa Samitier, de la Escuela Normal; Conchita García Acín por la Sociedad Oscense de Conciertos; Cristina Longás Santolaria, nominada por la Sección Femenina; Rosa Lafarga Stop, del grupo de teatro “Atenea”; Celia Correas, en nombre del Cine-Club y Mariví Anoro Valle, del grupo “Eikon” de Fotografía y Cine. “No cesaron los aplausos –escribe un anónimo gacetillero del diario provincial del Movimiento– hasta que situadas en el escenario, ofrecieron el singular espectáculo de sus bellezas», entusiasmo popular, cabría decir, tan aparatoso y encendido como el que se dispensa a las actuales mairalesas, democrática institución de la belleza actual.

El jurado de la Fiesta de la Poesía otorgó cuatro premios, correspondiendo la primera “Flor de Nieve” a José María Fernández Nieto, un palentino cuyo musa, según el mismo cronista, “es de sereno fluir y decir”; la segunda “Flor”, dotada con 15.000 pesetas, fue la de Fernández Jurado, “de versos sonoros y llenos de vigor”; la tercera distinción honró a un seminarista de Broto, Luis Febas Borrá, y el premio denominado “Veremundo Méndez” dotado con 5.000 pesetas fue a las manos de Ángel Conte Cazcarro, así citado en esta edición y en las otras –1968 y 1970– en las que también obtuvo el beneplácito de los doctorales jurados. Ánchel Conte, en la órbita política clandestina del PCE, no conocía a Fernández Jurado, la voz del POUM en la España del exilio interior. “Es curioso –afirma no sin sorna Ánchel Conte– dos izquierdistas recibiendo los parabienes de los hombres del régimen... la derecha más reaccionaria agasajándonos en el Pedro I...”

La selección de premios en 1969 corrió a cargo de Antonio Durán Gudiol, Vicente Vallés, Federico Balaguer, Rosa Donoso, el secretario de la Universidad de Zaragoza Luis Horno y el catedrático Antonio Beltrán Martínez, natural de Sariñena, quien además actuó como mantenedor. Casualmente, otro sariñenense ilustre, que sí conocía a Jurado, ponderó las flores del año anterior, el consejero nacional del Movimiento y procurador en Cortes, Alberto Ballarín Marcial.

El médico y escritor catalán Jacint Raventós, en el ensayo biográfico *Ramón Fernández Jurado o la epopeya de la inmigración* (Ayuntamiento de L’Hospitalet de Llobregat, 1987), reconstruye el episodio del premio y algunos detalles del

retorno del autor de los “Seis cantos a Huesca”. “El viaje –escribe Raventós, cuyo relato contiene pequeñas imprecisiones– lo realizó sobre su Vespa, llevando a su mujer en el sillín trasero. Aprovechando la ocasión, decidió acercarse a Jaca, la Jaca de sus recuerdos del servicio militar y de la Guerra Civil. También visitó Quicena, donde había combatido heroicamente en la operación del célebre molino. En Huesca fue al encuentro de ‘Mamá Lasaosa’, la mujer trabajadora que había cuidado de él cuando Huesca estaba en primera línea de fuego. La pobre ‘Mamá Lasaosa’, al terminar la guerra, había dado con sus huesos en la cárcel por aparecer en una fotografía con él, frente a la escuela en la que Ramón hizo de maestro mientras estuvo convaleciente de la herida en la cabeza. Con el tiempo, uno de los nietos de ‘Mamá Lasaosa’ asistiría al entierro de Ramón”. Carmen Lasaosa recuerda perfectamente la visita de Ramón, primera de una sucesión de nuevos encuentros tras el conflicto, e inicio de una relación epistolar que sólo cesaría con la muerte en 1984 de quien la escritora novelista y ensayista catalana María Aurelia Capmany escribió: “Fue un hombre extraordinario que nunca pretendió serlo, un hombre que no tuvo otra ambición que vivir arriesgadamente por defender unas ideas de las nunca abdicó”.

La biblioteca pública de Castelldefels, pueblo del que fue concejal de Cultura por el PSC-PSOE, lleva el nombre de Ramón Fernández Jurado, el poeta que conquistó Huesca.